

“Relación Histórica / de / la segunda invasión / que hicieron / los americanos en Tabasco/, y de la conducta que observó en ella el Comandante / General de aquel Estado Don Domingo Echagaray /, escrita por un testigo imparcial y verídico. / Veracruz. / Imprenta de J. M. Blanco. 1847”

p. 229-248

Manuel Mestre Ghigliazza

*Invasión norteamericana en Tabasco (1846-1847)*  
*Documentos*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Historia/Gobierno del Estado de Tabasco, Consejo Editorial

1981

370 p.

Figuras

(Serie historia)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de abril de 2021

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/009/invasion\\_tabasco.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/009/invasion_tabasco.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México





## CAPITULO XII

*Relación Histórica / de / la segunda invasión / que hicieron / los americanos en Tabasco / , y de la conducta que observó en ella el Comandante / General de aquel Estado Don Domingo Echagaray / , escrita por un testigo imparcial y verídico. / Veracruz. / Imprenta de J. M. Blanco.— 1847.*

Al ver que en ninguno de los periódicos de la República se ha publicado una relación, un solo parte de la segunda invasión que verificaron los norteamericanos en San Juan Bautista, capital de Tabasco, me he decidido a hacer una breve reseña de un suceso que debe formar en nuestros anales históricos una época memorable. Una multitud de voluntarios y marineros de los Estados Unidos, incendiando y destruyendo una población inerme e indefensa, abandonada cobardemente por un General que nada hizo para protegerla, y que, huyendo del enemigo, se substraía hasta de la vista de sus tropas, para que no fueran testigos de una conducta tan indecorosa y degradada; un Gobernador, que en los momentos de tanto conflicto se ocupaba en pagarse sus sueldos, en satisfacerse algunas deudas fraudulentas, en duplicar el honorario de los empleados y aumentar el número de éstos en todos los ramos de la administración del Estado, agotando así los únicos recursos con que se contaba para sostener las fuerzas que defendían la integridad e independencia de Tabasco; un Congreso, que llamado para regenerarlo, sólo autorizó este despilfarro, aumentándose también sus sueldos, y decretando una contribución odiosísima de 6,000 pesos mensuales, cuyos productos se dedicaron a todos estos gastos, que están demostrando la falta de patriotismo, y lo mal que se ha sabido corresponder a las esperanzas de aquellos habitantes, son hechos en verdad que no deben pasar desapercibidos, y que es conveniente consignar a la prensa para que



formen el complemento de ese cuadro horrible que el egoísmo y la traición han trazado en otras partes de la República.

Cuando el General graduado Don Domingo Echagaray llegó en Abril último a San Juan Bautista, predicó a todos la necesidad de prevenirse para esperar los ataques del enemigo común, y obtener un éxito tan satisfactorio como el que se lograra en los gloriosos días 25 y 26 de Octubre del año próximo pasado. Una idea tan generosa halagó al pueblo todo, y con particularidad a la clase militar, y uno y otra de consuno le ayudaron para inflamar el espíritu público, y construir una fortificación que se puso a una milla de la ciudad, al Norte, en la ribera izquierda del río. Dicha fortificación, si tal puede llamarse, se reducía a un espaldón, donde se colocaron tres piezas de a 24, dos de a 4 y un obús de a 18. Esta obra estaba en el centro de unas trincheras que se construyeron a derecha e izquierda para colocar infantería, la cual había de hacer un estrago terrible sobre las tripulaciones de los buques enemigos, supuesto que éstos habían de pasar a tiro de pistola por la estrechez que en aquella parte tiene el expresado río.

En Acachapan también se empezó a poner un dique con troncos de árboles y los esqueletos de algunos buques destruidos, para impedir u obstruir el tránsito de embarcaciones mayores por aquella parte del propio río; pero esta empresa no pudo realizarse por la falta de conocimientos de los que la dirigían. A éstas se redujeron todas las obras de defensa para precaver a San Juan Bautista de la invasión anunciada por conductos los más verídicos. Como accesorios citaré las medidas que se dictaron para poner sobre las armas 700 guardias nacionales, que se sacaron de diferentes pueblos del Estado; la requisición en todo él de fusiles para armarlos, y muchas y muy repetidas proclamas del Gobernador Don Justo Santa Anna, que después que empobrecía las rentas del Estado con la criminal y traidora aplicación que les daba, quería aparentar un celo hipócrita por la causa pública, y engañar a los pueblos para que pagaran la contribución referida de 6,000 pesos mensuales, apellidada de guerra, porque debió destinarse a ella en su mayor parte; pero se invirtió, como he dicho antes, en pagar deudas ilegales y en sueldos de Su Excelencia, de los Diputados que le hacían la corte, y de los muchos empleados que le rodeaban.

Esa conducta vergonzosa, que demuestra la ausencia del pudor y de todo sentimiento de justicia, rectitud y patriotismo, no era menos punible que la que observó el Sr. Echagaray en el propio sentido desde su ingreso a Tabasco. Dominado de una sed insaciable de oro, de un deseo de acumularlo, aun por los medios más reprobados, su primera disposición



fué apoderarse de los últimos recursos que aún quedaban a la Aduana Marítima, para tomarse íntegra su paga, cien pesos de gratificación mensual de mando, otra de cuarenta pesos de casa, otra más llamada de campaña, y varias cantidades, finalmente, que su rapacidad le proporcionaba. El resultado fué que se asignó quinientos pesos el primer mes; más para el segundo no había un sólo centavo, y era menester ocurrir a algún arbitrio extraordinario para seguir asignándose la propia suma, y discurrió suprimir el Hospital Militar, y apropiarse los recursos destinados a sostener un establecimiento tan útil, como indispensable y necesario. Imagínesse cuál sería la indignación que excitó un hecho tan bárbaro, visto con horror hasta por los americanos. Los enfermos pasaron al Hospital Civil, en donde no había local suficiente, ni aún para los paisanos, y en donde tuvieron malísima asistencia y carecieron de los auxilios y comodidades que disfrutaban antes. El director, practicantes y demás empleados fueron mandados a sus casas, y el material y enseres de dicho establecimiento vino a desaparecer como por encanto.

La clase militar era la más agraviada con un hecho tan inhumano y arbitrario, pues se le privaba del único recurso que le quedaba en sus dolencias, después que antes se le despojara de los medios destinados a su mantenimiento, supuesto que para que el Sr. Echagaray tuviera su sueldo y las gratificaciones mencionadas, fué necesario reducir a la guarnición a un octava parte de paga, y a escaseces y privaciones insoportables. Triste fué entonces la posición del soldado en Tabasco. Sin vestuario, sin calzado, casi desnudo, privado de su prest, en un clima mortífero, y sujeto al despotismo y procacidad de un jefe sin virtudes de ninguna clase, no le alentaba otra esperanza que la de batir por segunda vez a los americanos, y llenar honrosamente los nobles deberes que la patria le imponía en la crisis aflictiva en que se encontraba. Por fortuna, los jefes y oficiales abundaban en los propios deseos, y es muy digno de elogio el sufrimiento con que toleraron unos males, que habrían podido evitar, a no ser tan subordinados.

Pero aún les faltaba todavía qué soportar algunas otras calamidades, y ser testigos de escándalos que jamás se habían representado en Tabasco. El Sr. Echagaray, después de haberse aplicado los recursos destinados al Hospital Militar, creyó que ya no debía pararse en el camino de sus infracciones, y que un paso tan avanzado debía conducirle a otro. Dispuso, pues, que todas las cantidades procedentes de la referida Aduana, Administración de Rentas, Tesorería particular del Estado, o de cualquier otro



origen, ingresasen a su casa y no a la Comisaría, bajo el pretexto de que en ella no se hacía con la debida equidad la repartición de caudales. Quedó por lo mismo privado del manejo de ellos el Comisario General y los empleados de dicha oficina; y aunque reclamaron con energía tamaño atentado, no lograron que se les escuchase, quedando el Sr. Echagaray convertido definitivamente en Comisario. A su casa concurrían los habilitados de los cuerpos, así como todos los jefes y oficiales sueltos, a recibir muy rara vez alguna pequeñísima cantidad por cuenta de sus pagas. Es por demás advertir que entonces se aumentaron las escaseces, hasta el punto de faltarle el alimento cotidiano al soldado, no porque se hubiesen disminuído los ingresos, que al contrario se cuadruplicaron con las cantidades que daba el Estado por cuenta del contingente, sino porque éstas iban al bolsillo de un hombre cuya avaricia era insaciable. Se había quitado la máscara con un cinismo insultante; había dicho y repetido públicamente que no había ido a un país tan mortífero a mudar temperamento, y que sólo esperaba reunir cierta suma para retirarse de la carrera de las armas. Desgracia es para la Nación que no lo hubiera verificado antes de que deshonrase su clase con hechos tan bastardos, y degradantes un puesto que jamás debió confiársele.

Los sucesos que acabo de describir produjeron un profundo descontento en todos los ánimos, y enfriaron el entusiasmo que al principio habían producido las obras de defensa y las excitaciones del Comandante General, pues veían que todo no era más que una farsa para desviar la atención de las dilapidaciones que se ejecutaban. Ya nadie creía en el patriotismo del Sr. Echagaray, ni menos en el de Don Justo Santa Anna: los consideraban destituidos de buena fe y de la nobleza de sentimientos que en las grandes crisis debe caracterizar a los gobernantes; así es que si los ciudadanos tomaban las armas, pagaban los impuestos y contribuían de diversos modos a los preparativos de guerra que se hacían, era con la mayor repugnancia e impulsados por la violencia y por las amenazas, pues veían que en realidad no se trataba de pelear con los americanos, sino de aparentar una defensa para quedar bien con el Gobierno de México, y pedirle cruces, premios y recompensas, cuando realmente no merecían otra cosa que un presidio, por haber escogido una época de tanta amargura y aflicción para improvisar sus fortunas, contribuir a nuestro descrédito y aumentar las desventuras de la patria.

No eran, sin embargo, partícipes de una conducta tan criminal los jefes y oficiales de la guarnición de Tabasco. Deseosos de cumplir con sus honrosos deberes, como lo hicieron en Octubre último, y de distinguirse

ante el enemigo para merecer los adelantos a que aspiraban, veían en los rastreros sentimientos de su General un obstáculo insuperable, que lamentaron en silencio y que no se atrevieron a arrollar, porque para ello se necesitaba una revolución, y les parecía un crimen, como lo era ciertamente, verificarla al frente del enemigo, y en las circunstancias calamitosas en que estaba la República. Esto lo conocían bien los Sres. Echagaray y Santa Anna, y se consideraron seguros en unos puestos, sostenidos por el patriotismo, subordinación y noble sufrimiento de unos militares, dignos de otro General que supiera apreciar sus virtudes, y que las empleara en provecho de la Nación, que tanto necesita del generoso esfuerzo de todos los mexicanos.

Pero se preguntará: ¿qué hacía el Gobierno de México, que no ponía remedio a tantas atrocidades? Voy a responder, manifestando que las ignoraba, porque desde la toma de Veracruz se había paralizado el correo de Acayucan, único que ponía a Tabasco en relaciones con el resto de la República. Además, aún cuando por algún conducto desconocido hubieran llegado estos males a su noticia, estaba demasiado angustiado con la defensa de México, próxima ya a ser atacada, para que se ocupase de un Estado que jamás le ha llamado la atención, y que aún en épocas anteriores lo ha dejado perecer, ya con las disenciones intestinas, ya con la invasión de los americanos, que empezaron a hostilizarlo desde Octubre del año anterior. Sólo Don Valentín Gómez Farías se acordó de aquel país en los funestos días de su última administración, para hacerle el presente de dos funcionarios públicos, dignos del que los eligió para instrumentos de sus planes.

Tal era la situación de aquel Estado, cuando en 12 de Junio se recibieron positivas noticias de que los buques de guerra americanos, que desde Octubre estaban en la Frontera, \* se aumentaban con suma rapidez para volver sobre la capital y ocuparla definitivamente. En el acto se hicieron venir los guardias nacionales que se estaban organizando en los pueblos de la Chontalpa, cuyo número unido, al de los de la capital y la Sierra, ascendía a 700; añádase a éste, 200 del Batallón de Acayucan y de los demás piquetes, tan destruidos como este cuerpo, por la deserción que originaba la miseria, y se tendrá una fuerza de 900 hombres armados, que se distribuyeron, mandando 250 a Acachapan, 150 a la Seiba, y el resto con las tropas activas, permanentes y artilleros se situó en el fortín y trinchera que he descrito anteriormente. El primer destacamento tenía por objeto

\* Este es un pueblo pequeño, situado en la ribera del río principal, a una milla de su desembocadura al mar.



dirigir sus fuegos sobre las tripulaciones de los buques enemigos; el segundo, hacer lo propio y cubrir el camino de tierra, que sigue la dirección del río; y el tercero, que se componía de lo más escogido de nuestras tropas, debía defender el fortín y trincheras a toda costa, y sostener los fuegos de nuestra artillería.

Así estaba dispuesta la defensa, cuando en 16 del propio Junio, a las doce del día, se presentó el enemigo, trayendo tres buques de vapor, una bombardera y dos bergantines, y además 1,200 infantes y marineros que habían desembarcado en el precitado camino. Estos hacían su marcha muy pausadamente a causa de las empalizadas y diferentes obstáculos que se pusieron de antemano, dando tiempo para que el primero o segundo destacamento los hostilizase, si hubiera querido. Metidos entre breñales y espesuras, no podían ser vistos ni socorridos por sus buques, que forzando las máquinas se aproximaban al punto atrincherado, escogido por el Comandante General para hacerles el mayor estrago posible. Así estaba la artillería de grueso calibre, las mejores obras de fortificación que se habían construido, un gran depósito de parque y municiones, y ahí, finalmente, estaba el teatro elegido con tanta anticipación para echar tres o cuatro buques a pique, detener la marcha del enemigo y dejar bien puesto el honor de las armas nacionales. Ahí también estaban fundadas las esperanzas de la población toda, así como las de los soldados, jefes y oficiales, que en aquellos momentos era extremado su entusiasmo, y deseaban batirse, si no para obtener un triunfo, al menos para dejar una memoria honrosa y un testimonio de que saben corresponder a las esperanzas de la patria; mas ¿cuál fué el asombro de todos cuando reciben orden del 2º Cabo de la Comandancia, Don Ignacio Martínez, para retirarse por un camino cubierto que se dirigía al Campo Santo? Los jefes piden explicación de una orden tan vergonzosa y cobarde, y el que la da dice que la ha recibido del General Echagaray. Buscan a éste para interrogarle, y observan que iba corriendo a todo escape, huyendo de los vapores enemigos, que ya se aproximaban dirigiendo algunas bombas y balas rasas. Entonces se verificó la retirada en un desorden que no pudo ser más grande. Una gran parte de la Guardia Nacional tiró sus armas en los montes inmediatos, y se dirigió a los pueblos de donde había venido. Sólo el Batallón de Acayucan guardó alguna formación, aunque no dejara de experimentar una baja considerable. Los artilleros también verificaron en orden su retirada, después de haber dirigido seis u ocho tiros al enemigo, aunque sin causarle ningún daño. El resultado fué que los americanos pasaron el río sin novedad,



fondeándose al momento en el barranco, y que a las tres horas llegara su infantería por tierra, apoderándose del abandonado fortín, de la artillería, parque, etc. Nada se salvó, ni aún las calderas de los ranchos.

Al llegar nuestras tropas al Campo Santo encontraron al Sr. Echegaray, solo, sin ningún ayudante, ya un tanto repuesto del susto que llevara. Dispuso entonces que hicieran alto para esperar a algunos rezagados, y al cabo de un cuarto de hora ordenó que continuaran la marcha para Tamulté, \* en donde descansó de *tan gloriosa jornada*, pues decía a los que lo rodeaban, y también lo aseguró en sus pomposos partes al Gobierno, *que había abandonado la capital por un efecto de prudencia, y por no exponer infructuosamente a sus soldados; pero que dejó bien puesto el honor de las armas mexicanas.*

Desde ese día de eterno baldón empezaron los desastres de la guarnición de Tabasco. Los cuerpos y piquetes habían perdido sus depósitos, y los oficiales sus equipajes, estando unos y otros en poder de los americanos. Nadie, con excepción del Sr. Echegaray, poseía un solo centavo, y carecían todos hasta del alimento necesario, en un país que tiene, quizá con razón, muy pocas simpatías por los militares, y en donde el tomar las armas para defender su integridad era, según la expresión de los egoístas, comprometerlo e incurrir en un crimen imperdonable.

En Tamulté se pasó revista a las tropas, que se componían de 100 hombres del Batallón de Acayucan, 7 artilleros, 4 de la 2ª Compañía permanente de Infantería, ninguno de la de Caballería, y 115 de los Nacionales de la capital y de sus inmediaciones. Habíamos tenido una baja de 674 hombres, y los que nos quedaban estaban desanimados con el ejemplo de la más punible cobardía. Los enfermos fueron colocados anticipadamente en la Casa Municipal, sin proporcionarles ningún auxilio, dejándolos enteramente a la generosidad de los indios.

Este era el cuadro de nuestra situación, cuando el Sr. Echegaray empezó a discurrir el camino que elegiría para alejarse aún más de las fuerzas enemigas. Estaba decidido a partir sin demora; pero no sabía si al Estado de Veracruz o al de Chiapas, pues sólo en uno u otro, según sus cálculos, se consideraba seguro y libre de peligros. Entonces fué cuando manifestó ese carácter pusilánime e irresoluto, que ha causado más males que las propias tropas invasoras. Consultaba con todos los jefes, con algunos paisanos, con todo el que veía, y se decidía a adoptar el parecer del último que le aconsejaba. Al tiempo de ponerlo en práctica encontraba difi-

\* Este es un pueblo de indios, distante una legua de la capital de Tabasco.





cultades y retrocedía, impulsado además por las opiniones, casi siempre contradictorias entre sí, de los que le rodeaban, convertidos en directores de un General el más ignorante de sus deberes militares. Al fin, considerando que estaba a una legua de distancia del enemigo, se decidió a salir de Tamulté y a dirigirse a Huimanguillo, primer pueblo de Veracruz, confinante con Tabasco. La marcha se emprendió a las cuatro de la tarde, dejando abandonados los enfermos y el único parque que quedaba, \* expuesto a caer, como el otro, en manos de los americanos. No se guardó ningún orden ni se tomó ninguna medida de precaución, ya para evitar un ataque de ellos, o bien para contener la desertión que experimentábamos por la retaguardia. Tampoco llevábamos un práctico que conociera aquellos terrenos; así es que a poco andar nos extraviábamos en unos bosques impenetrables, en los que nos acongojaban horriblemente el zancudo, el jején, el chaquiste, y todas las demás plagas propias de un país tan insalubre y mortífero. Para darnos más mal cayó una lluvia copiosísima, y bajo ella continuamos paso por zanjas y veredas, difícilmente transitables. En esta situación nos cogió la noche, y traspasaba el corazón ver a la tropa, lo mismo que a los oficiales, atascados en pantanos y breñales, en que dejaron el calzado y muchos hasta parte de su ropa. Así continuamos hasta las ocho de la noche, en que se hubo de encontrar una choza perteneciente a un sitio de cacao. En ella se alojó como pudo la tropa. El Sr. Echagaray, para hacerlo con más comodidad, continuó hasta otro sitio una legua distante, en que durmió profundamente, sin experimentar el más leve pesar por la penosa situación a que había traído a sus subordinados.

Al siguiente día, que fué el 17, varió de resolución, y ya no quiso continuar para Huimanguillo. Opinó por la marcha a las Chiapas, y en consecuencia variamos de dirección, tomando el rumbo de La Lagartera, para estar el 18 en Las Raíces. El camino se hizo con el propio desorden e imprevisión, y aumentándose a cada paso nuestros trabajos. El 19 marchamos para Jalapa, y el 20 para Tacotalpa, en donde fué necesario hacer algún descanso para reponernos de tantos desastres. Dos días hacía que estábamos allí, cuando se recibió la noticia de que Don Pomposo Maldonado y su hermano Don Pánfilo, con 150 nacionales de Huimanguillo, habían pasado por Cunduacán \*\* y se dirigían a San Juan Bautista a hostilizar a los americanos.

Este fué un golpe patriótico y generoso, que contrastaba singularmente

\* Este parque estaba en Tamulté desde mucho antes de la invasión americana.

\*\* Este pueblo es uno de los más grandes de Tabasco, y dista 9 leguas de su capital.



con nuestra precipitada y vergonzosa fuga a las Chiapas. Con él se habían reanimado los pueblos que estaban acéfalos, consternados y abatidos. Hubo algunos en donde se tratara de mandar una comisión al jefe de las fuerzas enemigas para hacerle ofertas de rendimiento y vasallaje, con el fin de precaver los males que la ocupación a mano armada trae siempre consigo. Los Maldonado llegaron a tiempo para evitar tamaña ignominia, revivir el espíritu público, y obligar a los egoístas a tornar sus traidores proyectos en otros más provechosos y honoríficos.

Los jefes y oficiales que estaban en Tacotalpa experimentaron entonces una emoción muy profunda, y trataron de romper el tristísimo papel que representaban muy a pesar suyo. Manifestaron al Sr. Echagaray, sin miramiento alguno, lo deshonoroso de su conducta, y le obligaron a retroceder hasta amulté, punto de donde salieron desde el primer día de la invasión del enemigo. El objeto era aproximarse a él para batirlo en combinación con las fuerzas venidas de Huimanguillo. ¡Imagínese el lector cuál sería el miedo y disgusto de su señoría, al ver frustrado su proyecto de emigrar al Estado vecino, destruidas sus esperanzas de pasar una vida tranquila, y de alejarse de un teatro que no ofrecía más que privaciones y peligros! Tuvo sin embargo que disimular la violencia que se hacía, y ceder al torrente de circunstancias irresistibles. Se emprendió por tanto el movimiento retrógrado, y se llegó al pueblo referido el 28 del citado mes, después de 13 días de marchas y contra-marchas por terrenos pantanosos, escabrosísimos, escasos de recursos, y en donde la tropa tuvo que sufrir penalidades que no le es dado describir a una pluma tan pobre como la mía. ¿Cómo responde el Sr. Echagaray cuando se le hagan cargos por estos males inútiles a la causa pública; por su empeño en abandonar un país cuya defensa le había confiado el Gobierno de la Nación; por no haber salvado el parque, depósitos y artillería; por su falta de método y de plan; por su irresolución y disposiciones contradictorias; por el desorden e imprevisión en sus marchas, y por no haber tomado una vez siquiera aquellas medidas precautorias que recomiendan los preceptos de la guerra, y que son indispensables al frente de un enemigo, tan respetable por su número como por los elementos en que abunda?

Como los Maldonado, con su resolución tan repentina como digna de elogio, habían mudado la faz de los negocios de Tabasco, y destruido de un golpe los innobles proyectos del Comandante General, se atrajeron el odio de éste, aumentado mucho más con la venida de Don Eulalio, hermano de aquellos, al frente de cien Nacionales de Pichucalco, regularmente organi-



zados e instruídos. Este aumento de fuerzas daba, en concepto del Sr. Echagaray, mucha importancia a dichos señores, y trató de rebajarla, quitándoles el mando de ellas, y poniéndolas al del Teniente Coronel de Nacionales Don Miguel Bruno. Esto no obstante, ellos siempre las condujeron en unión de este jefe al frente del enemigo, al que día y noche estuvieron constantemente hostilizando. Situados unas veces en Atasta, otras en Tierra Colorada, Macultepec, o donde lo exigían las circunstancias, hacían sus incursiones hasta entre las calles de la Capital, sin embargo de que ésta estuviera bien protegida con numerosa artillería y una guarnición americana bien considerable. Otro tanto empezaron a hacer a su llegada el Batallón de Acayucan, los piquetes y artilleros que se habían aumentado, y que no teniendo cañones hacían el servicio como infantes. Así se continuó haciendo la guerra a los opresores de nuestra patria, hasta que en 20 de Julio, conociendo estos que era infructuosa su permanencia en dicha capital, resolvieron abandonarla, después de haberla ocupado treinta y cinco días, y de haber tenido una pérdida de ciento y tantos muertos, no tanto por nuestras balas, como por los efectos bien conocidos de un clima tan mortífero.

De esta suerte terminó la expedición de los americanos; pero antes de referir sus estragos y los sucesos a que dió origen, debo retroceder para contar un hecho importante, ya bosquejado en una de las numerosas proclamas del Gobernador Don Justo Santa Anna.

Cuando regresó a Tamulté el Sr. Echagaray con las fuerzas que había llevado a Tacotalpa, recibió una carta de persona fidedigna y muy adicta a la causa de los mexicanos, en que le aseguraba que los enemigos meditaban una expedición para atacarlo al siguiente día, aconsejándole por tanto que se preparase para que no fuese a ser sorprendido. Dicha carta la leyó delante de varios oficiales, diciendo en tono de hombre que nada teme, que aquella no era más que una noticia despreciable, y que no merecía la pena de que nadie se alarmara. Aún cuando fuera así, en lo que estuvo muy equivocado, como se vió por los sucesos que se siguieron, debió siempre prevenirse, por si acaso era efectivamente atacado, y tomar las medidas militares que sugiere la prudencia, pues además de que así se lo recomienda la Ordenanza, su honor, su propia seguridad y la de tantos militares que tenía a sus órdenes, exigían que los pusiera en salvo si no tenía la intención de batirse y de frustrar la intentona de los americanos. Pero no entraba en su carácter irresoluto y ánimo apocado disponer siquiera que se situasen algunos destacamentos por los caminos que se dirigían a su campo,



en el cual se hacía el servicio muy confiadamente, sin guardarse precaución alguna, como desde que empezó esa desdichada campaña.

Los americanos lo sabían y resolvieron aprovecharse oportunamente. Salieron de la Capital el día citado en la carta a las ocho de la mañana, en número de 250, marineros y voluntarios en su mayor parte, con dos piezas de 4, y se dirigieron a Tamulté por el camino real, sin ser vistos ni sentidos por nuestros militares. Al aproximarse a las inmediaciones del pueblo, fueron observados por un indio leñador, que vino a toda prisa a dar aviso al Sr. Echagaray, quien sin tomar ninguna medida ni hablar una sola palabra, montó a caballo, que con anticipación lo tuvo ensillado, y corrió a todo escape por el rumbo de Huimanguillo. En él encontró a multitud de mujeres que huían del peligro, y que se avergonzaban de que el Comandante General hiciera lo mismo. Con aquella franqueza que le es característica le reprendieron su cobardía, y le ordenaron que no las comprometiese haciendo con ellas el propio camino. Entonces tomó otro; más como no lo conocía, estuvo perdido todo aquel día y parte del siguiente, hasta que siendo encontrado por unos prácticos, lo dirigieron a Cunduacán, a donde ya le había precedido la noticia de su desastre.

Entre tanto, el campo mexicano había sido sorprendido y tomado por el enemigo. Nuestros soldados a su aproximación corrieron a las armas, se dividieron en guerrillas, se internaron en el bosque inmediato y desde él le causaron algún estrago; mas pronto fueron batidos y dispersados a metrallazos. El Teniente Coronel Don Alejandro García, el Comandante del Batallón de Acayucan Don José María Oñate, el Capitán Don José María Martínez Vaca y algunos otros oficiales, hicieron esfuerzos extraordinarios por evitar esta desgracia; pero nada pudieron con una fuerza más organizada y los estragos de una artillería bien servida, contra la cual no se podía oponer más que fusiles, pues ya he dicho que toda la que poseíamos había caído en poder de los americanos. El resultado fué que tuviéramos cuatro muertos, siete heridos, una dispersión la más completa, la pérdida del poco parque que teníamos y un desaliento el más fatal en circunstancias tan aflictivas.

El citado Comandante Oñate con la mayor parte de sus oficiales se situó en la hacienda de Don José Julián Dueñas para ir juntando a los dispersos, y con su infatigable actividad logró reunir a unos sesenta, con los cuales emprendió la marcha para Cunduacán, a virtud de orden que le diera el General Don Ignacio Martínez, que funcionó de Comandante General en las 36 horas que el propietario estuvo perdido o ausente. Otra parte de



los dispersos recaló a este mismo pueblo, y el resto ha permanecido en deserción hasta la fecha. Cuando ya todos estaban reunidos, se les pasó revista y no pasaban de 80, siendo así que antes de la acción llegaron a 250.

He dicho ya que el Comandante General fué conducido a Cuenduacán después de su escandaloso contratiempo, y que en aquel pueblo se habían reunido los restos de nuestras fuerzas. Debo ahora añadir para anudar el hilo de los sucesos, que a los seis u ocho días marchó con ellas a Jalpa \* de donde resolvió no moverse, ni volver a ningún punto que, como Tamulté, estuviera próximo a los americanos. Desde ahí *se propuso hacerles la guerra* y empezó a dar órdenes a las guerrillas, que no le obedecieron, porque su desconcepto había ya roto los vínculos de la obediencia. Desde ahí mandaba comisionados a los pueblos para que le trajesen el producto de la contribución directa, que en los de Chontalpa estaba destinado para los gastos de la guerra, privando así de estos recursos, a los que la hacían de veras y se sacrificaban por la patria generosamente. Desde ahí dirigió por último, esas notas falsísimas, tan pedantes, tan faltas de lógica y de buen sentido, al Supremo Gobierno. En una de ellas, después de hacer una relación de las medidas militares que tomó en Tamulté, le dijo: *“que puesto al frente de nuestras tropas, había contenido bizarramente al enemigo, al que abandonó el campo, porque no era punto de que resultase ventaja alguna su defensa.* En seguida hace la recomendación de estampilla, acostumbrada por nuestros Generales, *de los valientes jefes, oficiales y tropa que se distinguieron denodadamente a su lado, y concluye felicitando a la Nación por lo bien puesto que dejó el honor de las armas nacionales”*. En otras comunicaciones bosquejó con la misma veracidad el cuadro de los sucesos de la guerra, sin embargo de que estuviera bien poco impuesto de ellos, porque ningún jefe le dió jamás un solo parte de sus operaciones, como ni tampoco de las novedades que ocurrían a cada momento. Lo único bueno que hizo el Sr. Echagaray en su permanencia en Jalpa, fué organizar el cuadro del Batallón de Acayucan, de la Compañía de artillería y de la segunda permanente, agregar algunos Nacionales a esta fuerza, ponerla a las órdenes del Teniente Coronel Don Alejandro García, y mandarla a Loma de Caballos, \*\* para que en combinación con los señores Maldonado y Bruno operase contra los invasores, como ya he dicho anteriormente.

Se ocupó además el Sr. Echagaray en dividir a la clase militar, especialmente a los jefes, y en introducir en ellos la anarquía más completa. En

\* Este es un pueblo, distante 7 leguas de la capital.

\*\* Esta es una hacienda de ganado que está a tres millas de la Capital.

esto obró como político diestro, el que parecía negado hasta la estupidez cuando le amenazaba algún peligro, o tenía que cumplir la parte ardua y difícil de sus deberes. Su objeto era que no pudieran convenirse entre sí sobre el que debía reemplazarle en la Comandancia General, de la que trataban de despojarlo abiertamente, desde que su conducta le concitara tanta desafección como descrédito. Puso en práctica una de las máximas bien sabidas de Maquiavelo para triunfar de sus enemigos, y logró el mejor éxito, porque si bien era cierto que todos deseaban arrojarlo de su puesto, no se avenían sobre el jefe que debiera sucederle. Indispuso a los unos contra los otros, en tales términos, que los que eran íntimos llegaron luego a aborrecerse, haciéndose una guerra de intrigas, tanto más funesta a la causa pública, cuanto que se relajaban la subordinación y disciplina, trascendiendo hasta a las clases subalternas.

Voy ahora a dar una ojeada sobre los americanos que ocupaban la Capital. La guerra a que estaban constituídos era puramente defensiva, pues no hacían otra cosa que repeler constantemente los ataques de nuestras guerrillas. Al aproximarse cualquiera de ellas disparaban a diestra y siniestra su artillería, destruían multitud de edificios y quemaban todos aquellos por donde habían aparecido nuestros tiros. Doscientos cincuenta casas de huano fueron reducidas a cenizas, arruinaron algunas otras de material, y condenaron a la mendicidad a multitud de familias infelices. Su inaudita conducta repugnaba a los sentimientos de la humanidad, tanto como se oponía al derecho de la guerra observada entre naciones civilizadas y cultas. Quizá no intentaron otra cosa que vengarse de la mala suerte que tuvieron en Octubre del año anterior, en que fueron tan victoriosamente rechazados por la misma guarnición que ahora vencieran tan fácilmente; pero entonces la mandaba el denodado Coronel Don Juan Bautista Traconis, que no reparaba en la superioridad del enemigo para acometerlo y llenar con honor sus arduos y nobles deberes. Su carácter intrépido y valeroso le proporcionó entonces mucha gloria, y se la habría granjeado también ahora, si su mal hado pronunciamiento le hubiera permitido su continuación en el mando de las armas de aquel Estado. La clase militar, como los tabasqueños todos, lo echaba de menos en esta segunda invasión, en que los resultados fueran tan oprobiosos como satisfactorios los de la primera. El mismo Comodoro americano Mr. Perry, decía y repetía en los primeros días de su llegada a Tabasco, *que Traconis merecía ceñir una faja verde, y que si este jefe hubiera mandado ahora, le habría matado cien hombres y echádole dos o tres buques a pique, aunque siempre perdiera la Capital por los malos ele-*





**mentos que tenía para defenderla. Estos elogios son muy honoríficos e imparciales en boca de un enemigo que no tiene otros datos para juzgar que los hechos.**

A la noticia de que los americanos habían abandonado la Capital, se vino a ella el Sr. Echagaray, precediéndole las tropas que estaban en las inmediaciones. Al encontrarse de nuevo en el ejercicio de la Comandancia, de que casi estaba privado, así por la justa insubordinación de los guerrilleros como por la distancia a que había estado de ellos, creyó que debía restablecer el orden y se propuso hacerlo, pero a su modo. En los días de su adversidad, pues así se les debe llamar a los de la campaña, fué reprochado muy acremente por todas las clases, principalmente por los militares, a causa de sus continuas y escandalosas infracciones. No teniendo ya valor para llevarlas adelante, porque su desconcepto le ocasionaba tenaces resistencias, quiso hacer de la necesidad virtud, una especie de retractación pública, y confesar sus errores para captarse las voluntades. En consecuencia dispuso restablecer la Comisaría, instaurar a los empleados en el ejercicio de sus funciones, y que éstos volviesen a reasumir el manejo de los caudales; pero no dió una distribución, sin embargo de que se la exigiese, de los que estuvo recaudando e ingresaron a su casa en los tres meses que tuvo una conducta tan irregular y extraordinaria. También restableció el Hospital Militar, porque ya no pudo resistir a los gritos de la humanidad doliente, ni a las enérgicas reclamaciones que se le hacían; pero poniendo nuevos empleados, con desprecio de los antiguos, que además de sus servicios y recomendaciones, poseían una propiedad que les había conferido el Supremo Gobierno. Por este estilo continuó *el restablecimiento del orden*; pero nunca pudo prescindir de tomar su paga íntegra, sus innumerables gratificaciones, y de proteger algún contrabandillo cuando mediaba la seducción del oro.

Una de sus más notables medidas fué la de mandar que regresasen a Chiapas sesenta infantes del 9º permanente, que habían venido a contribuir a la defensa, y que se retirasen a sus casas los Guardias Nacionales que tan brillantemente habían cumplido con sus deberes. Le causaban temor estas fuerzas, creía que podían atentar contra una autoridad tan despreciada y efímera como la suya, y se determinó a dejar el país indefenso completamente, sin embargo de que aún los americanos permanecían en la Frontera, como creo que permanecerán mientras dure la presente guerra. Quedó reducido a 53 hombres el destruido Batallón de Acayucan, con los



cuales no había ni para la guardia de prevención, porque tenía en el Hospital muchos enfermos.

Otros de los objetos que tuvo el Comandante General para deshacerse de dichas fuerzas, fué el de utilizar en su provecho los recursos que se invertían en sostenerlas. No es ligereza pensarlo así, porque si a su modo de ver se había concluído la guerra, no tenía el más leve temor de volver a ser invadido, y era por consiguiente innecesario tener sobre las armas a los que la llevaban tan honrosamente, ¿porqué no levantó el estado de sitio, que tan enormes daños causa a todos los ramos de la prosperidad y riqueza del Estado, pero principalmente al comercio y a la administración de justicia? Es bien claro que deseaba conservar esa situación para retener la inmensa autoridad que el decreto de 26 de Abril último daba a los Comandantes Militares de las plazas amenazadas o sitiadas por el enemigo. Pero si éste, según dijo su señoría varias veces, ya no era de ninguna manera temible, ¿para qué se empeñaba en guardar un poder tan omnimodo? Voy a decirlo: para intervenir en todas las rentas, en las interioridades de las oficinas, en los abastos de las carnes, en todo cuanto se le antojaba y quería. Resultaron necesariamente muchos atropellamientos, muchos desórdenes que ya no pudieron soportarse, y entonces le reclamó el Gobernador del Estado, de oficio, y entabló con él esa polémica, cuyas comunicaciones, insertas en los números correspondientes al 19 y 22 de Agosto del periódico titulado “El Tabasqueño”, dan una idea de los avances de la autoridad militar, y del heroico sufrimiento de aquellos pueblos, destinados a ser el teatro de iniquidades e injusticias que no se ven en ninguna otra parte de la República.

Haciendo uso de esas propias facultades extraordinarias de que se creía investido dicho General, despojó al Mayor de la Plaza, al Comandante del Batallón de Acayucan, al de la Compañía permanente de Caballería, y a varios otros jefes y oficiales, de sus respectivos destinos; les puso sus pasaportes en la mano, y los obligó a marchar para México por el rumbo de Chiapas, sin mandarles dar para este largo y costosísimo viaje, más que una media paga, después que por espacio de mucho tiempo les hiciera pasar crueles necesidades, porque ya he dicho cómo disponía de los caudales públicos. También puso en prisión al 2º Ayudante del Batallón Guardacosta de Tabasco, al Coronel de los Nacionales de San Juan Bautista, y a varios otros militares y paisanos. El motivo de estas persecuciones emanaba de su carácter vengativo, de las murmuraciones a que daba lugar su conducta, y de sus temores de que al fin se convinieran en el jefe que debía reempla-



zarle en la Comandancia General, poniendo así término a sus arbitrariedades, muchas de ellas tan bárbaras como inútiles. Por ejemplo, mandó fusilar a un tal Albino Sicler, sin forma alguna de juicio, porque se decía que durante la invasión había servido a los enemigos. Podría ser cierto este delito, y podría tal vez merecer aquel desdichado la suerte que le cupo; pero, ¿por qué no se le juzgó con arreglo a las leyes, no se oyó su defensa, ni se examinaron testigos, despreciándose todas las fórmulas tutelares de la inocencia? Yo no estoy porque queden impunes los crímenes; pero opino que si se fuera a fusilar a los que han tenido y tienen criminales relaciones con los invasores, sería necesario llevar al patíbulo algunos millares de mexicanos, entre ellos a su señoría, que por un vil estipendio permite el comercio con aquellos, y para mostrar entereza y patriotismo, aplica el último suplicio a un hombre pobre y cargado de familia, a la vez que cierra los ojos sobre las traiciones de otros, nada más que porque son poderosos y ricos.

A propósito del comercio que se hace en Tabasco con los enemigos, voy a copiar el párrafo de una carta que, con fecha 28 de Agosto, dirige una persona de las más respetables de aquel país a otra de México, encargándole que, para que llegue a noticia del Gobierno, la publique en algunos periódicos. Dice así: *“El 16 del corriente salieron de esta Capital 18 canoas, conduciendo mil trecientas cargas de cacao para el puerto de la Frontera, en donde aún permanece la mayor parte de los buques americanos que nos invadieron en los meses pasados. Este efecto pagó al Comandante General, antes de su embarque, un peso por carga, y al llegar al citado puerto pagó otro derecho a la Aduana que ahí tiene el Gobierno de los Estados Unidos. Un vapor enemigo vino a proteger por el río esta expedición mercantil, y a un celador del resguardo marítimo, por haber intentado con otros individuos impedir este contrabando, lo puso preso el Sr. Echagaray, y le mandó formar sumaria con escándalo de todos los hombres patriotas y sensatos. El 22 regresaron todas las canoas tripuladas por más de sesenta mexicanos, que sin embozo confesaban que venían de país ocupado por el enemigo, y daban noticia de cuanto habían visto y observado. ¿Qué se hizo para castigar a estos culpables? Vergüenza da decirlo, nada; norque la Comandancia General concedió este permiso en virtud de las facultades extraordinarias de que se cree investida. El cacao por fin se embarcó en la goleta americana “Selim”, y en el bergantín goleta español “Manuelito”, dirigiéndose el primero a Veracruz, y el segundo a Tampico”.*—Posteriormente he sabido que estas especulaciones han continuado, como era de esperarse, por ser tan lucrativas, así a aquel comercio como a la autoridad que da dichos permisos.



Extraño parecerá que en una sola persona se reúnan tantos errores, tantos defectos, tantos crímenes, pues hasta la pluma se resiste a describirlos; pero los hechos que refiero son tan notorios, que hasta fuera de Tabasco son bastante conocidos. Los que lean estas líneas me creerán y formarán idea del carácter y talentos del Sr. Echagaray, cuando sepan que hasta hoy no ha querido jurar, ni permitir que los militares juren la Acta de Reformas a la Constitución de la República, diciendo *que es una producción demagógica abortada por un Congreso nulo, que vale tanto como los otros que le han precedido*. Se le ha objetado que toda autoridad emana de la Ley Fundamental, y que si no hace el juramento de obedecerla, tiene que cesar en su destino o que ponerse en pugna con el sistema que nos rige; pero se hace sordo a estas razones, y ciego al ejemplo que le han dado el Gobernador, la Diputación permanente, el Tribunal Superior de Justicia y todas las demás autoridades del Estado, que desde principios de Julio prestaron el referido juramento en los términos prevenidos en el decreto reglamentario que se expidió al efecto. El que con tanta facilidad desprecia las Leyes Constitucionales que la nación se ha dado por medio de sus legítimos representantes, ¿qué de particular tiene que haya subvertido tantas veces el orden y que se convierta en árbitro de los destinos de Tabasco?

Un tirano como el Comandante General, no podía marchar de acuerdo con el Gobernador Don Justo Santa Anna, que, por su parte, se consideraba también con facultades omnímodas, aspiraba a dominar exclusiva y despóticamente en aquel Estado, y tenía la propia sed de oro que su competidor y constante adversario. Mientras que el uno estaba, como ya he dicho, en Jalpa, queriendo desde allí hacer la guerra a los americanos, y apresurándose a recaudar las contribuciones, el otro se mantenía en Tacotalpa, haciendo lo mismo, repartiendo su producto entre él y un enjambre de empleados que le rodeaban, expidiendo dos proclamas por semana, dando patentes de guerrilleros a una porción de criminales, incapaces de presentarse ante el enemigo, pero sí muy abonados para extorsionar a los ciudadanos pacíficos, y cometiendo mil otros abusos, en fin, que le ocasionaron el odio y desprecio de los tabasqueños. Abrumado con el sentimiento de que merecía uno y otro; viendo que el Departamento de la Sierra no quería contribuir ya con gente ni dinero para las actuales exigencias mientras él estuviese al frente del Gobierno; que los demás Departamentos iban a hacer lo mismo, y que no tenía fuerza armada que lo sostuviera, entregó el puesto al Vicegobernador Don José Julián Dueñas, con un dolor tal, que no pudo menos que manifestarlo en tiernas y sentidas cartas a los de su



partido, es decir, a los que contribuyeron con él a chupar la substancia de los pueblos.

Al escribir estas líneas me ha sido en extremo sensible tener que usar de expresiones fuertes y muchas veces ofensivas; pero ¿cómo decir que un General ha corrido al frente del enemigo, sin calificarlo de cobarde; que ha suprimido el Hospital Militar y la Comisaría, sin designar este hecho como el mayor atentado; que ha dispuesto a su antojo de todas las rentas de Tabasco, sin tacharlo de ladrón y de arbitrario; que ha dado permisos para hacer el comercio con los americanos, sin reputarlo como traidor; que ha fusilado a un mexicano sin forma alguna de juicio, sin alzar la voz contra un ataque el más grande a las leyes y a las garantías individuales; que ha desterrado y encarcelado a multitud de personas, sin declamar contra un acto tan despótico e inhumano; que no ha jurado la Acta de Reformas, sin manifestar que es ya nula su autoridad, y que está en pugna con el orden y las instituciones; que ha cometido mil absurdos, mil atrocidades, en fin, sin denunciarlo a la Nación como un hombre imbecil y como un tirano? ¿Cómo era posible decir todo esto con moderación y en un lenguaje que no hiriese a nadie?

El Gobierno Supremo, sin embargo de las grandes atenciones que le rodean, puede, si quiere, poner término a la anarquía e infortunios de Tabasco, con sólo mandar que sea relevado el Sr. Echagaray de la Comandancia con un jefe de valor, probidad y verdadero mérito. Debe también disponer que a dicho General se le forme causa, lo mismo que se ha hecho con otros que han perdido acciones de guerra o plazas fuertes, para que su conducta militar sea vista ante un consejo de oficiales generales, y se le aplique la suprema circular de 24 de Julio último, que parece escrita para la persona de que me ocupo y con presencia de su comportamiento y de sus hechos. Dicha circular dice: *“Que no se ignore ni se olvide que el oficial que mandare un punto guarnecido está obligado a defenderse, cuanto lo permitan las fuerzas que tuviere a sus órdenes; y si alguno faltare en esto, será privado de su empleo; o en el caso de que la defensa hubiere sido tan insignificante, que pueda decirse que entregó el punto al enemigo sin combatir, será sentenciado a la pena de muerte.—De todos los crímenes que un oficial puede cometer al frente del enemigo, ninguno es más horrendo que aquel que se perpetra cuando con pretextos vergonzosos abandona su punto, ya sea en acción de guerra o marchando a ella. No por otro motivo las leyes tienen fulminada la muerte para el delincuente o la privación de empleo, según las circunstancias del delito.—En el tratado 8º título 10 se han mar-*

*cado las penas en que incurre el que en tiempo de guerra tuviere comunicaciones con el enemigo, de palabra o por escrito. Los artículos 45, 46, 117 y 118 designan la muerte al que revelare a los enemigos las órdenes que tuviere. Al que por cobardía volviere la espalda en función de guerra, ya sea al principio del combate, a la vista del enemigo, marchando a buscarlo, esperando en la defensiva, podrá ser muerto en el acto, pues el que tal hace no merece el goce de las garantías que da la secuela de un juicio escrito.”*

Por no haberse aplicado estas penas a los que han cometido actos de traición y cobardía, se ha seguido desmoralizando el Ejército, que hoy tenía la alta y honrosa misión, que no ha cumplido, de expulsar al invasor y salvar la República. Para regenerar aquel era preciso ejercer actos terribles de severidad, principalmente entre los favoritos del General Santa Anna, que tan mal han justificado su elección y prodigalidades. Que no haya perdón, disimulo ni consideraciones de ningún género, para el que estando al frente del enemigo no muera antes que dejar de llenar noblemente sus deberes. Sólo así se tendrá ejército, capaz de desconcertar los planes de conquista, que con inconcebible facilidad está realizando el Gobierno de los Estados Unidos, porque esas masas informes y mal organizadas, así como las guerrillas, por grande que sea su valor y patriotismo, serán indudablemente dispersadas y destruidas por las inmensas fuerzas enemigas, que ya ocupan más de las dos terceras partes del territorio mexicano. Hacer otra cosa es consumir la pérdida de nuestra independencia; pues no hay ya que pensar en la paz, que nunca la ha querido sinceramente el Gabinete de Washington.

Huimanguillo, Septiembre 10 de 1847. \*

\* Folleto en 4º de 23 páginas. El único ejemplar que he visto pertenece a la Biblioteca Nacional de México, y se contiene en el tomo número 24 de la colección de *Papeles varios*, cuya colocación es la siguiente: 0-1-2-4. Lo cita José María Roa Bárcena en su obra sobre la invasión de los norteamericanos a México. Contestando a una carta mía en que le pedía yo informes sobre ese folleto, me escribió dicho historiador desde la ciudad de México, con fecha 25 de Julio de 1905, lo siguiente: “Recuerdo, sí, que el folleto publicado en Veracruz fué obra de un Español que se llamaba Don Antonio de María Campos; pero ignoro quién pueda conservar el tal folleto.” Afortunadamente para la historia de Tabasco, el Sr. Juan Bautista Iguíniz, digno Subdirector de la Biblioteca Nacional, puso en mis manos el ejemplar cuya copia he publicado en estas páginas.

Domingo Echagaray nació en Zacatlán de las Manzanas (Puebla) en 1803. Llegó a ser General de Brigada en 12 de Agosto de 1854. Siendo Gobernador y Comandante General de Michoacán, murió de un tiro de fusil en Morelia, en el ataque que el 24 de Noviembre de 1854 dieron a la ciudad las fuerzas rebeldes defensoras del Plan de Ayutla. No he podido ver retrato alguno de Domingo Echagaray.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS